

nos haga alguna trastada y el cura alguna traicion.

—Pues eso es muy sencillo, contestó Montant; basta con mezclar la muerte en esa aventura.

—A eso vengo yo, dijo Marat.

Los dos interlocutores levantaron la cabeza y le vieron.

—Buenos dias, Marat, exclamó Chabot; poco vienes á las sesiones!

—El médico me ha recetado que tome baños, contestó.

—Hay que desconfiar de los baños, repuso Chabot: Séneca murió en un baño.

Marat se sonrió y replicó:

—Chabot, aquí no hay ningun Neron.

—Estás tú, contestó la voz ruda de Danton, que pasaba por allí para subir á su banco.

Marat no se volvió. Metió la cabeza entre las de Montant y Chabot y les dijo:

—Oid. Me trae aquí un asunto grave, y es indispensable que uno de nosotros tres proponga hoy á la Convencion un proyecto de decreto.

—Yo no, contestó Montant; á mí no me hacen caso porque soy marqués.

—A mí tampoco porque soy capuchino.

—Ni á mí porque soy Marat.

Los tres quedaron un rato en silencio. No era fácil interrogar á Marat cuando estaba preocupado; sin embargo, Montant se atrevió á dirigirle esta pregunta:

—Qué decreto deseas que se apruebe?

—Un decreto condenando á muerte á todo jefe militar que deje escapar un rebelde prisionero.

—Ese decreto existe; se votó á fines de Abril, replicó Chabot.

—Pues entonces es como si no existiese, contestó Marat. En todos los puntos de la Vendée dejan escapar á los prisioneros, y los que les dan asilo quedan impunes.

—Eso consiste en que el decreto ha caido en desuso.

—Pues es preciso restablecerle en todo su vigor.

—Sin duda alguna.

—Y para eso proponerlo á la Convencion.

—No es necesaria para esto la Convencion, Marat; basta para este objeto el Comité de Salvacion pública.

—Este fin se consigue, añadió Montant, si el Comité de Salvacion pública manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos ó tres escarmientos.

—En cabezas altas, repuso Chabot, en cabezas de generales.

—En efecto, eso bastará, murmuró Marat.

—Tú mismo, Marat, puedes ir á decirselo al Comité de Salvacion pública, dijo Chabot.

Marat le miró entre ceja y ceja, lo cual no era agradable ni aun para Chabot.

—Ir á ese Comité es lo mismo que ir á casa de Robespierre, y yo no voy á su casa.

—Yo iré, dijo Montant.

—Bien, contestó Marat.

Al dia siguiente se espidió en todas direcciones una orden del Comité de Salvacion pública mandando fijar en todos los pueblos de la Vendée y ejecutar estrictamente el decreto que imponia la pena de muerte á los cómplices de la fuga y evasion de los insurgentes prisioneros.

Aquel decreto solo era el primer paso; la Convencion debia ir mucho más lejos. Algunos meses despues, el 10 de Brumario, año II (Noviembre de 1793), con motivo de abrir Laval las puertas á los vendeanos fugitivos, decretó dicha Asamblea que toda ciudad que diera asilo á los rebeldes fuese derribada y destruida.

Por la parte contraria, los príncipes de Europa, en el Manifiesto del duque de Brunswick, que inspiraron los emigrados y que redactó el marqués de Linnon, intendente del duque de Orleans, se ordenó que todo francés que se cogiese con armas en la mano fuese fusilado, y que si se tocaba un sólo cabello de la cabeza del rey, la ciudad de Paris seria arrasada.

Salvajismo contra barbarie.

TERCERA PARTE

EN LA VENDÉE

LIBRO PRIMERO

La Vendée.

I.

Las selvas.

Habia entonces en Bretaña siete selvas horribles. La Vendée fué una rebelion clerical, que tuvo las selvas por auxiliares. Las sombras se auxilian mutuamente.

Las siete Selvas-Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougères, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho leguas de circuito; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y de arroyos, casi inaccesible por la parte de Baingnon y con fácil retirada sobre Concornet, que era poblacion realista; el bosque de Rennes, desde el que se oia el toque de somatén de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades y en donde Puysaye perdió á Focard; el bosque de Machecoul, cuya bestia feroz era Charette; el bosque de la Garnache, propiedad de los de La Tremoillé, los Gauvain y los Rohán, y el bosque de Broceliande, que pertenecia á las Hadas.

Un gentil-hombre de Bretaña poseia el título de *señor de las Siete-Selvas*, y era el vizconde de Fontenay, príncipe breton. El príncipe breton existia separadamen-

te del príncipe francés. Los Rohanes eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó á la Convencion el 15 Niboso, año II, califica del modo siguiente al príncipe de Talmont: "Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de la Normandía,".

La historia de las selvas bretonas desde 1792 hasta 1800 podria escribirse aparte, y unida á la vasta aventura de la Vendée apareceria como una leyenda.

La historia tiene su verdad y la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica; es una invencion que dá por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto; pintar en el hombre momentáneo al hombre eterno.

La Vendée no puede explicarse completamente si no viene la leyenda á completar la historia; ambas son necesarias, la historia para el conjunto y la leyenda para el detalle, y la Vendée vale la pena de completarse, porque es un prodigio.

Esa guerra de los ignorantes, tan estúpida y tan espléndida, tan abominable y tan magnífica, desoló y enorgulleció á la Francia. La Vendée fué una llaga gloriosa.

En ciertos momentos históricos la sociedad humana ofrece sus enigmas, enigmas que para los ilustrados se resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, en violencia y en barbarie. El filósofo no se atreve á acusar; toma en cuenta la turbacion que producen los problemas. Los problemas, como las nu-

bes, no pasan sin arrojar una sombra debajo de ellos.

Si se quiere comprender á la Vendée es preciso figurarse el antagonismo que existia entre la Revolucion francesa y el campesino breton. Frente á frente de los acontecimientos incomparables de la revolucion, de la inmensa amenaza de todos los beneficios á la vez, del acceso de cólera de la civilizacion, del exceso de progreso furibundo, de las mejoras desmesuradas é ininteligibles, es necesario poner al salvaje grave y singular, al hombre de ojos claros y cabellos largos, que vive de leche y de castañas, que se contenta con su techo de paja, con sus valles y con sus fosos; que distingue á cada pueblecillo de sus inmediaciones por el sonido de su campana, que solo usa el agua para beber, que viste coleteo de cuero con arabescos de seda, inculto y bordado; que respeta como á su señor á su verdugo, que habla una lengua muerta, lo que obliga al pensamiento á habitar en una tumba; que pica sus bueyes, que aguza sus hoces, que escarda su trigo negro, que amasa su torta, que venera lo primero la reja de su arado y lo segundo á su abuela, que cree en la Santa Virgen y en la Dama Blanca, que tiene devocion al altar y á la alta piedra misteriosa que se encuentra erguida en medio de la llanura, que es labrador en los valles, pescador en la costa, cazador en el bosque, amante de sus reyes, de sus señores, de sus sacerdotes y de su miseria, y despues de ponerle frente á frente de la revolucion, ya no dudaremos de que este ciego no podia aceptar aquella claridad.

II.

Los hombres.

El campesino breton tiene dos puntos de apoyo; el campo que le alimenta y el bosque que le oculta. Dificil es tener una idea exacta de lo que eran las selvas bretonas; eran ciudades. Nada tan sordo, tan mudo y tan agreste como aquellas intrincadas espesuras de espinos y de ramaje; sus vastas malezas tenian sitios de inmovilidad y de silencio, eran soledades muertas, sepulcrales; pero si de repente se pudiesen cortar de un golpe semejante al del rayo todos los árboles y arbustos, se hubiera visto en la inmensa superficie calva un enjambre de seres humanos.

Pozos redondos y estrechos, cubiertos

por fuera con tapaderas de piedra y ramas, primero verticales y despues horizontales, y que se ensanchaban por bajo tierra en forma de embudo y terminaban en habitaciones tenebrosas: pozos como los que Cambises encontró en Egipto, fueron los que Westerman encontró en Bretaña; pero Cambises caminaba por el desierto y Westerman por el bosque, y así como habia muertos en las cuevas de Egipto, habia vivos en las cuevas de Bretaña. Uno de los claros del bosque de Misdon, todo perforado de galerías y de celdas, por donde iba y venia un pueblo misterioso, se llamaba "La Gran Ciudad". Otro, tan desierto por encima y tan habitado por debajo, se llamaba "La Plaza Real".

La vida subterránea era inmemorial en la Bretaña. En todos los tiempos en ella el hombre huía del hombre; por eso abrieron cuevas como para reptiles debajo de los árboles, cuevas cuya apertura se remontaba al tiempo de los druidas, pues algunas de aquellas criptas eran tan antiguas como los dolmens. Habian pasado por aquel pais las larvas de la leyenda y los monstruos de la historia: Tentates, César, Hoel, Neomenes, Godofredo de Inglaterra, Alan-Guante-de-hierro, Pedro Manclerc, la casa francesa de Blois, la casa Inglesa de Montfort, los reyes y los duques, los nueve barones de Bretaña, los jueces de los Grandes dias, los condes de Nantes disputando con los condes de Rennes, los plebeyos, los malandrines, las grandes compañías, Renato II, vizconde de Rohán; los gobernadores del rey, "el buen duque de Chaulnes", que colgaba de los árboles á los campesinos bajo las ventanas de madame Sevigné; las carnicerías señoriales del siglo quince, las guerras de religion de los siglos diez y seis y diez y siete, los treinta mil perros adiestrados para la caza de hombres en el siglo diez y ocho; bajo aquel pisoteo espantoso, el pueblo habia tomado el partido de desaparecer. Cada cual por turno, los trogloditas para librarse de los celtas, los celtas para librarse de los romanos, los bretones para huir de los normandos, los hugonotes para escaparse de los católicos, los contrabandistas para no caer en manos de los aduaneros, todos se refugiaban, primero en los bosques y despues bajo de tierra; recurso de bestias. A ese recurso les obligaba la tiranía de las naciones. Hacia dos mil años que el despotismo, bajo todas sus formas, la de la conquista, la del feudalismo, la del fanatismo y

la del fisco, perseguia á la miserable y azorada Bretaña, dándola una especie de batida inexorable, que no cesaba en una forma sino para comenzar en otra. Por eso los hombres se escondian bajo tierra.

El espanto, que es una especie de cólera, estaba dispuesto á apoderarse de aquellos campesinos, así como las cuevas estaban dispuestas á recibir la gente en los bosques cuando estalló la República francesa. La Bretaña se sublevó, creyéndose oprimida por aquella libertad que á la fuerza se le concedia, error habitual de los esclavos.

III.

Connivencia de los hombres con las selvas.

Las trágicas selvas bretonas volvieron á desempeñar su antiguo papel, y fueron siervas y cómplices de esta rebelion, como lo habian sido de todas las demás.

El subsuelo de ciertos bosques era una especie de madrépora que perforaba y atravesaba en todos los sentidos un laberinto desconocido de zapas, de celdas y de galerías. Cada una de dichas celdas albergaba á cinco ó seis hombres. La dificultad consistia en poder respirar en ellas. En Ile-et-Vilaine, en el bosque del Pertre, asilo del príncipe de Talmon, no se oia ni el ruido de una sola respiracion, no se veia la menor señal de seres humanos, y sin embargo, habia allí seis mil hombres con Focard. En Morbihan, en la selva de Meulac, tampoco se veia á nadie y habia ocho mil hombres, y esto no obstante, las selvas, el Pertre y Meulac no son las selvas bretonas más grandes. Era terrible caminar por aquellos lugares; aquellas espesuras hipócritas, llenas de combatientes, escondidos en laberintos subyacentes, eran como enormes esponjas, de las que la presion del pié gigantesco de la revolucion hacia brotar la guerra civil.

Batallones invisibles estaban en acecho; ejércitos ignorados serpenteaban bajo las plantas de los ejércitos republicanos; salian de tierra y se escondian en ella; saltaban de improviso en innumerables bandas y desaparecian tambien en un momento, como si estuviesen dotados del don de ubicuidad y del de dispersion, siendo primero avalancha y despues polvo; colosos que podian disminuir su estatura á su antojo; gigantes para combatir, enanos para desaparecer,

TOMO III.

yaguares que tenian la costumbre de los topos.

Además de las selvas contaban con los matorrales. Así como despues de las ciudades vienen las aldeas, así en la Bretaña á las selvas seguian los matorrales. Las selvas se unian unas á otras por el dedaño de matas esparcidas por todas partes. Los antiguos castillos, que eran fortalezas; los pueblecillos, que eran campos; las granjas, que eran recintos rodeados de emboscadas y de lazos; las alquerías, defendidas por fosos y empalizadas de árboles, eran la malla de aquella red, en la que se enredaron los ejércitos republicanos. Dicho conjunto se llamaba el Bocage.

Existian allí, además, el bosque Misdon, que tenia en el centro un estanque, bosque en el que hacia la guerra Juan Chouan; el bosque de Gennes, donde acampaba Taillefer; el bosque de la Huisserie, donde mandaba Gougele-Bruant; el bosque de la Charnie, donde mandaba Courtillé el Bastardo, llamado el Apóstol San Pablo, jefe del campo de la Vache-Noire; el bosque de Burgault, donde dominaba el enigmático señor Santiago; el bosque de Charreau, en el que Pimousse y Petit-Prince, atacados por la guarnicion de Chateaufort, se arrojaron sobre las filas republicanas, y cogiendo á varios granaderos se los llevaron prisioneros; el bosque de la Heureusarie, testigo de la derrota del destacamento de la Loughe-Faye; el bosque de la Aulne, desde donde espiaban el camino entre Rennes y Laval; el bosque de la Gravelle, ganado por el príncipe de la Tremoille al juego de bolos; el bosque de Lorges en las costas del Norte, donde Carlos de Boishard reinó despues de Bernardo de Villeneuve; el bosque de Bagnard, cerca de Fontenay, donde Lescure presentó combate á Chalbos; el bosque de la Sandraie, que registró como vimos el batallon de Paris, y otros muchos bosques más.

No solo habia en ellos aldeas subterráneas agrupadas en torno de la cueva del jefe, sino verdaderos caseríos de cabañas bajas, ocultas bajo los árboles, y tantas, que á veces llenaban todo el bosque, y solo las descubria el humo de sus hogares. Las mujeres vivian en chozas y los hombres en las criptas, utilizando para la guerra las galerías llamadas de las Hadas y las antiguas minas célticas. Les traian la comida á los que estaban escondidos, los que á veces, olvidados, se morian de hambre. Estos escondidos

eran los inhábiles, que no sabían abrirse paso por los pozos; ordinariamente la cubierta de éstos, formada de ramaje y de musgo, estaba tan bien disimulada, que no se conocía por fuera y por dentro se abría y se cerraba con facilidad. Estaban muy bien dispuestas aquellas guaridas.

Era muy peligroso volver sin precaución á aparecer entre los vivos y desenterrarse inoportunamente. Se corría el riesgo de encontrarse de improviso enredados entre una columna en marcha. Temibles eran aquellas selvas, lazos de doble trampa, en las que los azules no se atrevían á entrar y en las que los blancos no se atrevían á salir.

IV.

La vida vendeana bajo tierra.

Los hombres se aburrían en aquellas cavernas de animales. Algunas veces de noche desafiaban el peligro y salían de ellas para bailar en las landas inmediatas, ó rezaban para matar el tiempo. Bourdoisseau cuenta que "Juan Chouan no les permitía dejar el rosario en todo el día."

Cuando se celebraba la fiesta llamada de la Gavilla, era casi imposible impedir á los naturales del Bajo-Maine que saliesen de sus escondrijos y que dejasen de asistir á la romería; Denys, alias Corta-Montes, se disfrazaba de mujer, iba á Laval á ver una comedia y luego volvía á esconderse en su agujero. Otras veces salían de repente para arrostrar la muerte, cambiando la cárcel por el sepulcro. Otras levantaban la tapa del pozo y escuchaban el ruido del combate que resonaba á lo lejos, siguiendo sus alternativas con el oído atento. El fuego de los republicanos era regular, el de los realistas graneado y desparramado; por estas señales se guiaban: si el fuego por pelotones cesaba súbitamente, indicaba que los realistas habían perdido la acción; si el fuego desordenado continuaba y se alejaba, era indicio de que éstos habían conseguido la victoria. Los blancos perseguían siempre á sus enemigos, los azules nunca, porque el país era contrario suyo.

Los beligerantes subterráneos se informaban admirablemente de los movimientos de sus contrarios. Eran rápidas y misteriosas sus comunicaciones. Rompían todos los puentes, desmontaban todos los carros y encontraban medio para

comunicarse las noticias y para darse avisos y órdenes. Tenían estaciones de emisarios establecidas de bosque en bosque, de aldea en aldea, de granja en granja, de cabaña en cabaña, de matorral en matorral.

Había aldeano que parecía un estúpido y que pasaba por entre el enemigo llevando partes y comunicaciones en el palo en que se apoyaba, que estaba hueco.

El antiguo constituyente Boctidoux les proporcionaba, para ir y venir de un extremo á otro de la Bretaña, pasaportes republicanos del nuevo modelo con los nombres en blanco, de cuyos documentos aquel traidor tenía muchos legajos. Era imposible sorprenderlos. Puy-saye dice (1): *Secretos comunicados á más de cuatrocientos mil individuos se guardaban religiosamente.*

Parecía que el cuadrilátero que formaban al Sur la línea que vá de las Sables á Thonars, al Este la línea de Thonars á Saumur y por el río al Thoné, al Norte por el Loira y al Oeste por el Océano, tenía el mismo aparato nervioso, y que no podía estremecerse un solo punto de aquel suelo sin que todo él se estremeciese. En un abrir y cerrar de ojos corrían las noticias desde Noirmontier hasta Luzon, y el campo de la Loné sabía al momento lo que pasaba en el campo de la Croix-Mosineau, como si los pájaros se encargasen de pasar los avisos. Hoche escribía el 7 Mesidor, año III: *Parece que tengan telégrafos.*

Estaban divididos en *clans*, como en Escocia; cada parroquia tenía su capitán. Mi padre combatió en aquella guerra, y por eso puedo hablar con conocimiento de causa.

V.

La vida de los vendeanos en la guerra.

Muchos de ellos no tenían más arma que la pica, pero abundaban entre ellos las escopetas de caza. Los cazadores furtivos del Bocage y los contrabandistas del Louroux eran diestros tiradores, terribles é intrépidos. El decreto de la leva de trescientos mil hombres produjo el somaten de seiscientas aldeas, y los chasquidos del incendio se oyeron en todas partes. El Poitu y el Anjou hicieron su explosión el mismo día, y ya el primer trueno resonó en 1792 el 8 de Julio,

(1) Tomo II, pág. 35.

un mes antes de los sucesos del 10 de Agosto, en la landa de Kerbader. Alan Redeler, hoy desconocido, fué el precursor de La Rochejaquelein y de Juan Chouan. Los realistas obligaron á formar en sus filas á todos los hombres útiles para el servicio de las armas, bajo pena de muerte. En breve tuvo á sus órdenes Sapinant tres mil hombres, Cathelineau diez mil, Stofflet veinte mil y Charette se apoderó de Noirmontier. El vizconde de Sapeaux sublevó el Alto Anjou, el caballero de Dienze levantó el país entre el Vilaine y el Loira, Tristan el Ermitaño insurreccionó el Bajo Maine, el barbero Gaston tomó á Gueménéé y el cura Bernier el resto del territorio.

Para la sublevación de tanta gente emplearon un medio sencillo y poco costoso. Detrás del retablo del altar, en el que decía la misa un cura juramentado, metían un gato grande y negro, que saltaba bruscamente á la parte de fuera durante la misa.—Es el diablo! gritaban los campesinos, y todo un canton se sublevaba. Los confesionarios soplaban también en el fuego de la sublevación.

Para atacar á los azules y atravesar los barrancos se servían de un palo de quince piés de longitud, llamado *pértiga*, que era á la vez arma de combate y de retirada. En lo más crudo de la pelea y atacando á los cuadros republicanos, si encontraban en el campo una cruz ó una capilla, se hincaban de rodillas y rezaban sus oraciones sufriendo el fuego de la metralla; cuando concluían de rezar, los que quedaban vivos se lanzaban con furia contra el enemigo. Eran gigantescos combatientes. Tenían la peculiar habilidad de cargar los fusiles á la carrera. Eran crédulos hasta la imbecilidad; los curas les enseñaban otros sacerdotes á los que enrojecían el cuello con un cordel apretado y les decían:—“Estos son sacerdotes guillotinos que han resucitado entre los muertos.” Sentían también accesos de caballería, y honraron á Fesque, abanderado republicano, que resistió innumerables sablazos sin soltar nunca la bandera. Al principio les arrojaron los cañones, pero concluyeron por echarse encima de ellos y tomarlos por garrotazos. Primero se apoderaron de un buen cañon de bronce, que lo intitularon *El Misionero*; despues cogieron otro que había servido en las guerras católicas, y tenía grabadas las armas de Richelieu y una imágen de la Virgen, y le llamaron María-Juana. Cuando perdieron á Fontenay perdieron este cañon, al

rededor del que cayeron sin retroceder un paso seiscientos campesinos. Despues recobraron á Fontenay, con el objeto de recuperar á María-Juana, que la llevaron en triunfo bajo la bandera florde-lisada, la cubrieron de flores y la daban á besar como reliquia á las mujeres que encontraban. Quisieron luego adquirir más cañones. Stofflet se había apoderado de María-Juana; celoso Cathelineau, no quiso ser menos, y atacó á Jallais, tomando el tercer cañon. Forest atacó á Saint-Florent y tomó el cuarto. Chouppes y Saint-Pol hicieron más: figuraron cañones con troncos de árboles cortados y artilleros con maniqués, y con esta falsa artillería hicieron en Marensi retroceder á los azules. Esta fué su época gloriosa. Más tarde, cuando Chabot derrotó á la Marsonniere, huyendo los campesinos dejaron en el campo de batalla deshonrado treinta y dos cañones con las armas de Inglaterra. Inglaterra entonces pagaba pensiones á los príncipes franceses y enviaba fondos al hermano del rey.

Los campesinos se cebaban en el pillaje; aquellos devotos robaban cuanto podían. Puy-saye dice en el tomo II, página 187: “He salvado varias veces del saqueo á la aldea de Plelan.” Más adelante, en la página 434, dice que no quiso entrar en Monfort y dió un rodeo, “para evitar el saqueo de las casas de los jacobinos.” Saquearon á Cholet y á Challans, y aunque lo intentaron no lo consiguieron en Granville, pero en cambio se desquitaban en Ville-Dieu. Llamaban *masa jacobina* á los campesinos que se habían pasado á los azules y los exterminaban con más furia que á los demás. Como soldados eran aficionados á la carnicería en el combate, y fuera de él al asesinato, como salteadores. Les complacía fusilar á los “papanatas”, es decir, á los ciudadanos, y á esto llamaban *des-cuarearse*. En Fontenay el cura Barbotin tendió en tierra de un sablazo á un anciano. En Saint-Germain-sur-Ille, uno de sus capitanes, que era noble, mató de un tiro al síndico del Ayuntamiento y le robó el reloj. En Machecoul decidieron una vez hacer una monda simétrica de cabezas de republicanos, de treinta cada día, y la monda duró cinco semanas. A cada cadena de treinta cabezas llamaban “el rosario”; bajaban los republicanos á un foso que habían abierto; la cadena se adosaba á una de las paredes y allí los fusilaban á todos. Los fusilados caían en la zanja, algunos de ellos aun vivos, y los enterraban. De

estas barbaries y mayores presentaron muchos ejemplos. A Joubert, presidente del distrito, le serraron los puños. Ponían á los prisioneros azules esposas cortantes, forjadas expresamente para ellos, y los mataban á golpes en las plazas públicas. Charette, que se firmaba: *Fraternidad*; el caballero Charette, y que, como Marat, llevaba un pañuelo atado á la cabeza, incendió la poblacion de Pornic con los habitantes dentro de las casas.

Entre tanto Carrier, por parte de los republicanos, cometía atrocidades espantosas. El terror respondía al terror. El insurgente breton tenía casi la traza del insurgente griego; chaqueta corta, fusil con bandolera, polainas, anchos calzones. Enrique de La Rochejaquelein, á los veintiun años, partía á la guerra armado con un palo y un par de pistolas. El ejército vendeano constaba de ciento cincuenta y cuatro divisiones; establecía verdaderos sitios y tuvo bloqueada á Bressuire durante tres días. Diez mil campesinos, un día de Viernes Santo, cañonearon con bala roja la ciudad de las Sables. Otra vez en un día destruyeron catorce acantonamientos republicanos, desde Montigné hasta Courbeveilles. Preferían un cartucho á un luis de oro. Lloraban cuando perdían de vista el campanario de su pueblo. Huir les parecía acción natural, y en ese caso los jefes decían: "Arrojad los zapatos y conservad los fusiles." Cuando les faltaban municiones rezaban el rosario y se lanzaban á apoderarse de las cajas de la artillería republicana; posteriormente Elbé se las pedía á los ingleses. Cuando se acercaba el enemigo, si tenían heridos los escondían entre los trigos ó los helechos, y terminada la acción volvían por ellos. No usaban uniforme; sus trajes se caían á pedazos, y campesinos y nobles se vestían con lo que encontraban á la mano. Roger Mouliniers llevaba un turbante y un dorman, que tomó en el almacén de trajes del teatro de la Fleche; el caballero de Beauvilliers llevaba toga de fiscal y sombrero de mujer encima de un gorro de lana; todos, sin embargo, usaban banda y cinturón blanco, y los grados se conocían por los diferentes lazos. El lazo de Stofflet era encarnado; La Rochejaquelein le llevaba negro; Wimpfen, semigirondino, llevaba el broche de los carabots de Caen.

En sus filas iban mujeres, como madame Lescure, que después fué madame de La Rochejaquelein; como Teresa de Mollien, querida de La Ronarie, la que

quemó la lista de los jefes de la parroquia; como madame La Rochefoucauld, hermosa joven, que, con el sable en la mano, reunía á los campesinos alrededor de la torre del castillo de Puy-Rousseau, y como Antonieta Adams, que la apellidaban el caballero Adams, mujer tan valiente, que hecha prisionera se la fusiló derecha por respeto á su valor. Aquel tiempo épico era cruel; las almas estaban poseídas de furor. Madame de Lescure hacía pasar expresamente su caballo sobre los republicanos que yacían fuera de combate, muertos según ella decía, heridos no más acaso. Algunas veces los hombres hicieron traición á su causa; las mujeres nunca: la Fleury, actriz del teatro Francés, se pasó de La Ronarie á Marat, pero por amor.

Los capitanes eran con frecuencia tan ignorantes como los soldados. Sapinaud no sabía ortografía. Los jefes se odiaban mutuamente. Los capitanes del Marais gritaban:—"Abajo los del alto país!..." Su caballería era poco numerosa y difícil de allegar. Puyssaye dice: *El hombre que me entrega con buena voluntad á sus dos hijos, enfria su entusiasmo si le pido uno de sus caballos.*

Sus armas eran pértigas, horquillas, hoces, guadañas, fusiles nuevos y viejos, cuchillos de monte, hachas y mazas herradas y claveteadas. Algunos llevaban dos huesos de muerto puestos en forma de aspa. Atacaban lanzando grandes gritos; surgían repentinamente de todas partes, de los bosques, de las colinas, de las cuevas, de las cañadas, formando círculo alrededor del enemigo y cayendo sobre él como el rayo, matando, exterminando, y luego se disolvían y desaparecían. Cuando atravesaban una poblacion republicana cortaban el árbol de la libertad, lo quemaban y bailaban alrededor del fuego. Sus expediciones eran nocturnas, porque la regla general del vendeano era presentarse donde no le esperaban. Caminaban en silencio quince leguas sin dejar la menor huella de su paso. Por la noche, después que los jefes y el Consejo de Guerra fijaban el sitio en que al día siguiente por la mañana habían de acometer por sorpresa á los destacamentos republicanos, cargaban los fusiles, mascullaban sus oraciones, se quitaban los zapatos y desfilaban formando largas columnas por medio de los bosques, descalzos sobre los brezos y sobre el musgo, sin ruido, sin pronunciar ni una palabra, casi sin respirar.

VI.

El alma de la tierra se trasmite al hombre.

El número de insurrectos de la Vendée puede calcularse de quinientos mil entre hombres, mujeres y niños. Medio millón de combatientes es la cifra que cita Tuffin de la Ronarie.

Los federalistas eran sus auxiliares; la Vendée tuvo por cómplice á la Gironda. La Lozère enviaba al Bocage treinta mil hombres. Ocho departamentos se coligaban, cinco en Bretaña y tres en Normandía. Evreux, que fraternizaba con Caen, estaba representado en la rebelión por su maire Chaumont y por Gardembas, uno de sus notables. Bissot en Molins, Chassan en Lyon, Rabant-Saint-Etienne en Nimes, Meillan y Duchasel en Bretaña, eran otras tantas bocas que soplaban el fuego y atizaban la llama del incendio.

Hubo dos Vendées; la grande, que guerreaba en las selvas, y la pequeña, que hacía la guerra en los matorrales; esta es la diferencia que separa á Charette de Juan Chouan. La Vendée pequeña era cándida, la grande corrompida; la pequeña valía más. Sin embargo, Charette fué nombrado marqués, teniente general de los reales ejércitos y gran cruz de San Luis, mientras que Juan Chouan no pasó de ser Juan Chouan. Charette confinaba con el bandido y Juan Chouan con el paladin.

En cuanto á los jefes magnánimos, Bouchamps, Lescure, La Rochejaquelein, todos se equivocaron. El inmenso ejército católico fué un esfuerzo insensato, que debía dar el desastre por resultado. Figurémonos una tempestad de campesinos atacando á Paris; una coalición de aldeas sitiando al Panteón, una tralla de villancicos y de oremus ladrando alrededor de la Marsellesa, un enjambre de fanáticos precipitándose sobre la legión de los talentos; ¿qué había de suceder? Mans y Savenay castigaron aquella locura. Imposible era para la Vendée pasar el Loira; todo lo podía conseguir menos dar ese paso. La guerra civil no conquista; pasar el Rhin completa á César y aumenta á Napoleon, pero pasar el Loira mata á La Rochejaquelein.

La verdadera Vendée es la que se mantiene dentro de su territorio; allí es inconquistable. El vendeano en él es contrabandista, labrador, pastor, cazador furtivo, salteador, cabrero, campanero,

campesino, espía, asesino, sacristan y animal selvático. La Rochejaquelein fué un Aquiles, pero Juan Chouan fué un Proteo.

La rebelión de la Vendée abortó; otras rebeliones triunfaron: por ejemplo, la de Suiza. Hay la diferencia entre el insurrecto de la montaña, como el suizo, y el insurrecto de los bosques, como el vendeano, de la influencia fatal del medio en que viven; el uno se bate por un ideal y el otro por una preocupación; el primero se cierne sobre el suelo y el segundo se arrastra por él; aquel combate por la humanidad y éste por la soledad; uno quiere la libertad y el otro el aislamiento; aquel defiende la comunidad y éste la parroquia. La educación que proporcionan las alturas no es la misma que la que dan los barrancos. La montaña es una ciudadela y la selva es una emboscada; aquella inspira audacia y ésta enseña á tender lazos. La antigüedad colocaba á los dioses en las cumbres y á los sátiros en las espesuras, y el sátiro es el salvaje semihombre y semibestia. Los países libres tienen sus Apeninos, sus Alpes, sus Pirineos, su Olimpo; el Parnaso es un monte; el Monte-Blanco era el auxiliar colosal de Guillermo Tell; en el fondo y por encima de las luchas inmensas de los espíritus contra la noche, que llenan los poemas de la India, se vé el Himalaya; la Grecia, la España, la Italia, la Helvecia tienen como figura la montaña; la Cimeria, la Germania y la Bretaña tienen la selva como figura. La selva es bárbara.

La configuración del suelo aconseja al hombre muchos actos y es cómplice de ellos más de lo que se cree. A la vista de ciertos paisajes feroces nos inclinamos á disculpar al hombre y á culpar á la creación, porque se comprende la sorda provocación de la naturaleza; el desierto es nocivo para la conciencia, sobre todo para la conciencia ilustrada, porque la conciencia puede ser gigante como la de Sócrates y la de Jesús, y puede ser enana como la de Atreo y la de Judas. La conciencia pequeña se hace en breve reptil, y es fatal para ella el frecuentar los altos árboles, que arrojan sombra crepuscular, las zarzas, los espinos y los pantanos entre las matas, porque allí se somete á la misteriosa infiltración de malignas persuasiones. Las ilusiones ópticas, los espejismos inexplicables, el azoramiento que producen la hora ó el sitio, sumergen al hombre en una especie de pavor semire-

ligioso, semibestial, que en tiempos ordinarios engendra la superstición y en épocas de violencia la brutalidad. Las alucinaciones encienden la antorcha que alumbraba la senda del asesinato.

El fanático está poseído del vértigo. La prodigiosa naturaleza tiene un doble sentido, que deslumbra á los grandes talentos y que ciega á los ignorantes poco civilizados; cuando el hombre es ignorante, cuando el desierto es á propósito para visiones, la oscuridad del aislamiento se agrega á la oscuridad de la inteligencia, y ciertas rocas, ciertos barrancos, ciertos matorrales y la noche al través de los árboles, impulsan al hombre á cometer acciones locas y atroces. Casi podría decirse que hay sitios malvados.

Los vastos horizontes inspiran al alma ideas generales; los horizontes circunscritos engendran ideas parciales, lo que á veces condena á grandes corazones á tener espíritus pequeños; testimonio de esta verdad fué Juan Chouan. El odio de las ideas parciales á las ideas generales es lo que constituye la lucha del progreso. País y patria son dos palabras que resumen toda la guerra de la Vendée, que fué la contienda de la idea local contra la idea universal, la de los campesinos contra los patriotas.

VII.

La Vendée concluyó con la Bretaña.

La Bretaña es una antigua rebelde. Todas las veces que se sublevó en el espacio de dos mil años tuvo razón, menos la última vez. Y sin embargo, en realidad, siempre que la Bretaña hizo la guerra, fué la misma guerra, la del espíritu local contra el espíritu central, lo mismo cuando se sublevó contra la revolución que cuando se levantó contra la monarquía.

Esas antiguas provincias eran un estanco; correr era repugnante para aquella agua dormida; el viento que soplaba no los vivificaba, los irritaba. En Finisterre concluía la Francia, allí terminaba el campo concedido al hombre; allí se detenía la marcha de las generaciones. ¡Alto! gritaba el Océano á la tierra y la barbarie á la civilización. Siempre que el centro, París, daba un impulso, ya viniera del trono, ya de la República, ya del despotismo, ya de la libertad, era una novedad, y ante ella se asustaba la Bretaña, exclamando: "Dejadme en paz. Qué quereis de mí?" El Marais cogía su

pértiga y el Bocage su carabina, y todas las tentativas de Francia, su iniciativa en legislación y en educación, sus enciclopedias, sus filosofías, sus géneos y sus glorias se estrellaban delante del Honroux; el somaten de Bazonges amenaza á la Revolución francesa; la landa de Faon se subleva contra las tempestuosas plazas públicas, y la campana del Haut-des-Prés declara la guerra á la Torre del Louvre.

La insurrección vendeana fué un lúgubre error; fué una escaramuza colosal, una triquiñuela de titanes, una rebelión desmesurada que no dejó en la historia más que un nombre, el de la Vendée, nombre ilustre y sangriento del país que se suicida por los ausentes, que se sacrifica por egoísmo, que pasa el tiempo ofreciendo á la cobardía el homenaje de su inmenso valor, sin estrategia, sin plan, sin objeto, sin jefe, sin responsabilidad, demostrando hasta qué punto la voluntad puede ser la impotencia; país caballeresco y salvaje, país que trató de realizar lo absurdo, fabricando contra la luz un parapeto de tinieblas; país bestial, en el que la ignorancia opuso larga, bestial y magnífica resistencia á la verdad, á la justicia, al derecho, á la razón y á la libertad; que causó el espanto de ocho años, la desolación de catorce departamentos, la devastación de los campos y de las cosechas, el incendio de las aldeas, la ruina de las ciudades, el saqueo de las casas, el asesinato de mujeres y de niños; que metió la tea incendiaria en las cabañas y la espada en los corazones, que fué el terror de la civilización y la esperanza de Pitt. Eso fué aquella funesta sublevación, aquel ensayo inconsciente de parricidio.

Después de todo, la Vendée ha servido á la causa del progreso, al demostrarle la necesidad de perforar en todos sentidos la espesa oscuridad bretona y de atravesar aquellas malezas con todas las flechas de la luz á la vez. Las catástrofes arreglan las cosas de un modo sombrío.



LIBRO SEGUNDO

Los tres niños.

I.

Plus quam civilia bella.

El verano de 1792 fué muy lluvioso, pero el de 1793 fué muy cálido. La guerra civil casi había destruido los caminos de la Bretaña; viajábase, esto no obstante, por el país merced al buen tiempo, porque el mejor camino es la tierra seca.

Al anoecer de un día sereno de Julio, algo después de la puesta del sol, un hombre á caballo, que venía por el camino de Avranches, se paró á la puerta de la posada de la Cruz Branchard, establecida á la entrada de Pontorson, cuya muestra tenía esta inscripción: *Buena sidra para desembotellar*. Hizo calor todo el día, pero al anoecer empezó á soplar brisa.

El viajero se envolvía en una ancha capa que cubría la grupa del caballo; llevaba sombrero de grandes dimensiones con escarapela tricolor, que era atrevimiento usar en aquel país, en el que cada escarapela servía de blanco á un fusil. La capa, que ató al cuello, le dejaba los brazos libres, y al entreabrirse permitía ver una faja tricolor y las culatas de dos pistolas que asomaban por ella; por debajo de la capa sobresalía el extremo de un gran sable.

Al oír los pasos del caballo, que se detuvo, se abrió la puerta de la posada y se presentó el posadero con un farol en la mano. Era la hora del crepúsculo, y era de día en el camino y de noche en la casa.

El posadero se fijó en la escarapela.

—Ciudadano, le dijo, ¿os deteneis aquí?

—No.

—Pues dónde vais?

—A Dol.

—En ese caso retroceded á Avranches ó quedaos en Pontorson.

—Por qué?

—Porque están batiéndose en Dol.

—Ah!... exclamó el jinete; después añadió:—Dad un pienso á mi caballo.

El posadero acercó una gamella, echó en ella un saco de avena y quitó la bri-

da al caballo, que resolló y se puso á comer.

Mientras, continuó el diálogo:

—Ciudadano, ¿este caballo es de la requisa?

—No.

—Es vuestro?

—Sí. Lo compré y lo he pagado.

—De dónde venís?

—De París.

—No habreis venido directamente?

—No.

—Ya lo creo; están interceptados todos los caminos... Sin embargo, la posta corre todavía.

—Hasta Alençon; allí la dejé yo.

—Al paso que vamos se acabarán las postas en Francia, porque apenas hay caballos. Un caballo que valía trescientos francos, cuesta hoy seiscientos, y los forrajes están carísimos. Yo fui maestro de postas y hoy me veo precisado á ser bodegonero. De mil trescientos maestros de postas que éramos, doscientos hemos tenido que presentar la dimisión. Ciudadano, ¿habeis viajado con arreglo á la última tarifa?

—Sí; la del 1.º de Mayo.

—Veinte sueldos por posta en el coche, doce en el cabriolé y cinco en el furgon. ¿Comprásteis en Alençon este caballo?

—Sí.

—Caminásteis hoy todo el día?

—Desde el amanecer.

—Y ayer?

—Y anteayer.

—Se conoce; habreis venido por Domfront y por Montain.

—Y por Avranches.

—Creedme, ciudadano; descansad aquí; debeis estar fatigado y el caballo también lo está.

—Los caballos tienen derecho al descanso, los hombres no.

El posadero miró fijamente al caminante y observó que su rostro era grave, tranquilo y severo y sus cabellos grises. Dirigió después la vista al camino, que estaba desierto, y le preguntó:

—Pero viajais solo?

—Llevo escolta.

—Dónde está?

—Aquí; mi escolta son el sable y las pistolas.

El posadero fué á buscar un cubo de agua para que bebiese el caballo, y mientras éste lo hacía así, él examinaba al viajero, diciéndose en su interior:—Tiene traza de sacerdote.

El jinete preguntó: